

Pentámero*

Al comienzo del viaje,

-uno-

todo estaba en su sitio, en cierto modo:

traviesas, ventanillas, catenarias,

el gran reloj sideral sincronizado,

y,

exuberante y gozoso,

el universo.

Pero en medio,

-dos-

estábamos nosotros, los humanos,

rebuscando en los recuerdos prohibidos

con una carga pesada en el aliento

y un tornado de abismos

sin sentido.

Y quisimos seguir siendo lo que fuimos:

la ciénaga que empantana,

el morbo soterrado,

la ambición desesperada sin ventana.

Luego anhelamos buscar

la aguja de titanio entre la paja,

el grano de arena de oro en el desierto,

la gota preferida de los cinco océanos de agua,

la luz de la galaxia inacabada.

Entonces,

-tres-

alguien nos gritó:

-No contéis con ese ábaco.

Pero,

narcisos,

adorábamos con fe nuestra peana.

La ciudades del tren desde sus lechos,
 asustadas nos miraban.
 Rezaban a nuestro paso jaculatorias profanas,
 letanías sin respuesta ni concierto
 que rimaban entre si.

Entonces de nuevo,
 alguien gritó:
 -Hay que cambiar de tren
 en este estéril viaje hacia la nada.
 Se ha gastado la cara de la suerte,
 y solo queda la cruz, sin esperanza.

Pero
 hoy quiero creer
 que ahora, tal vez
-cuatro-
 sea el momento
 de quedar milagrosamente absueltos,
 redimidos,
 si luchamos.

O tal vez
-cinco-
 ya estemos muertos.

**Pentámero:*

Del griego πενταμερής, compuesto de cinco partes